CERVANTES Y EL SUEÑO DE LA VIDA

En el sueño arcádico *La Galatea*, Cervantes imagina reunidos en la tumba de Meliso a sus pastores Tirsi, Elicio, Damon y Lauso. Entre llantos y suspiros dolorosos, entre la fúnebre elegía que elevan a coro, aquellos sencillos pastores sentencian sobre los misterios de la vida con la gravedad de los Salmistas. Y dice Damon:

Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto, que desaparece
Cuando más firme pareció en su tiempo.

El «pasatiempo» que transcurre lejos del mundo, en la soledad de los prados y de las selvas, produce en verdad más dolor que placer; y vibra el amor para unir y después herir acerbamente a los corazones. Algunos, abiertos apenas a la vida, ya sienten el tormento de la vida, envolviendo el pensamiento de tristeza. Gime Silverio, de veintidós años, sobre las desgracias pasadas y los miserables destinos de los hombres y rompe con suspiros el silencio de su eremitorio. ¿Quién tendrá ya fe en la «instabilidad» y «mudança de las humanas cosas? Con alas buela el tiempo pressurosas — Y tras si la esperança — Se lleva del que llora y del que rie». En la tierra no hay más que miserias y desengaños. Única salvación, el cielo. Al cielo elevamos el alma con sacro ardor, «en fuego de su amor deshecha». Y se cambiará entonces en risa el eterno llanto.

Melancolías que asaltaban al poeta, extraviado a veces en los Elíseos creados por su imaginación y que necesariamente debían serpentear en el corazón de sus héroes, tan firmes, sin embargo, sobre la dura tierra que recorren, tan tenazmente aferrados a su sueño, resignados a la lucha, resueltos a poner en la realidad viviente el idealismo más férvido y tenaz. Sale Don Quijote malparado de su gruta de Montesinos y abre los ojos como si despertase entonces de un profundo sueño. La visión heroica se ha desvanecido. Tiene enfrente a Sancho. Y entonces recuerda el bíblico *sicut umbra dies nostri sunt*, el *fugit velut umbra;* y sentencia: «En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo.» Afluían a la mente del sublime loco las sabias máximas, las comparaciones y semejanzas más ajustadas, al pasar de ilusión en ilusión, de sueño en sueño. Se creaba con poder mágico un universo, rehecho sobre las apariencias del mundo exterior, un universo ficticio, gallardísimamente apoyado en su interior y evitaba chocar con lo que los hombres consideran realidad, tocar con la mano «las apariencias... para dar lugar al desengaño». Pero el misterio le preocupa, sus reveses de fortuna no quebrantan sus fuerzas audaces y su esperanza; pero, sin embargo, le afligen. ¿Cuál es su destino? ¿Cuál es el destino de todos los hombres?

A cada paso se ofrece un nuevo espejo de la vida. Los farsantes del carro de la Muerte, con el Demonio en cabeza, van, después de un desgraciado encuentro, al lugar que les espera; y Don Quijote razona con su escolta sanchopancesca al lado. Como esos histriones somos todos nosotros. Y representamos, viviendo, una farsa como la representan ellos: «Somos y... habemos de ser como la comedia y los comediantes.» Introducen ellos en la recitación emperadores y pontífices y damas y caballeros, rufianes, soldados, mercaderes y sencillísimos mortales; después, terminada la comedia, todas las distinciones desaparecen. Análogamente en la comedia de la vida uno recita su parte de emperador y otro de pontífice, y sobreviene después la muerte y todos en la fosa

final son iguales. Lo cual refuerza Sancho, que de día en día volvíase más sagaz, añadiendo la semejanza del ajedrez y sus figuras: mientras dura el juego cada pieza tiene su valor particular, terminado éste las piezas se mezclan todas sin orden en una bolsa, «que es como dar con la vida en la sepultura».

No hay, ciertamente, obra más apropiada que el *Quijote* para mostrar el poder de la transfiguración de la realidad en la conciencia de un hombre, poseído, guiado por sus intensas visiones sobre la trágica y cómica escena del mundo, la virtud de una fe inquebrantable en un mundo de fantasía, visible sólo a la mirada interior, muy íntimo, individualísimo, y en oposición eterna con la realidad que llamamos reconocible y tangible. ¿Quién sabe si no existe en el corazón del sueño una fuerza misteriosa capaz de producir figuras e imágenes de vida más real que tu misma realidad, de una sustancia que no sabes definir, como no defines la esencia de tu mundo visible y sensible? Lo esencial entonces sería nutrir el sueño para que permanezca profundo y no nos aparte de la absoluta absorción. Cuando cesa el sueño del héroe de la Mancha el *arbor vitae* pierde las raíces, se seca y muere. Venid a oponerme vuestra verdad, desnuda y escuálida, a aquella verdad viviente, que opera en mí con un vigor arcano, pero poderoso. ¿Desvariaré yo, abrazado a mis simulacros de vida, o deliraréis vosotros, aferrados a vuestras apariencias, a los fantasmas que se agitan en el exterior? ¿No debe ser el mundo como cada uno se lo forja, como cada uno se lo imagina? Mi absurdo puede igualar a vuestro sublime. Dejad que yo vea a mi manera e intente penetrar con los ojos del alma, y procurad tener abiertos vuestros ojos y obtener, sin oscilaciones, vuestra visión particular. «Eso que a ti parece bacía de barbero—dice el caballero al escudero—me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa.» Toda la grande y poderosa ilusión quijotesca es de una formidable congruencia y firmeza: muévese con figuras vivas, lejos de lo vago y de lo nebuloso con contornos marcados, limpios, determinados. Y como el cielo tiene sus estrellas que relucen e

iluminan la noche oscura, el valiente caballero tiene también en su corazón luces divinas en las que tiene fe y a cuyo centelleo obra. Dulcinea, que vive dentro de él, no es ya un fantasma, sino una mujer verdadera, de carne y hueso y sangre, y el espíritu que le mueve a él a las acciones magnánimas, a enderezar entuertos, a socorrer a los necesitados: «Yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser.»

¡Oh Sancho!: yo no niego que lo que tú llamas cielo sea cielo verdaderamente, y tierra, tu tierra; pero no podrás discutirme la verdad de mi visión, la existencia real de mi cielo, de mi tierra. Si tú sonríes de lo que yo veo, con santísima razón debo yo tener piedad de aquello poco que aferra tu mirada. A mí me están reservadas las maravillas y los encantos de la gruta de Montesinos: Estuve allí, viví allí, y me encontré allí con los héroes de mi igual.

Ahora bien, la virtud de este prodigioso, intentísimo sueño está precisamente en el revelarse humana toda la gran máquina fantástica, palpable a los segundos sentidos del gran loco privilegiado lo impalpable y lo etéreo. Decididamente él ha conocido y tratado íntima y profundamente la tierra de Sancho, antes de elevarse a su visión de un mundo superior, la esfera en la que le es forzoso permanecer hasta que la antigua luz le hiere y despierta a la realidad de los hombres comunes, y muere. A su imaginación ardiente que nosotros llamamos delirante, estimulada por el ardiente sol de la Mancha, arriban también los ríos de la sabiduría de las cosas terrenas. El loco sorprende con la doctrina de los más cuerdos y una suma espectacular de experiencias, precisas diríais, consumadísimas. Tiene necesidad de Sancho, necesidad del aliento de aquel hombre del pueblo que desbasta por grados, le atrae a su sueño, le ennoblece, eleva y transfigura. Quien se detiene en el contraste de aquellos dos espíritus, de aquellos dos cuerpos, juzga groseramente, y no se da cuenta de que Sancho y su señor son indivisibles, porque mutuamente se completan, porque a pesar de las desigualdades enormes hay, sin embargo, gran afinidad en sus naturalezas, y porque el poeta que crea a estos dos seres singularísimos, errantes por regiones secas y ári-

das, pobladas sólo por oasis y jardines imaginarios y desde su altura los mira riendo fina y agudamente de los destinos que anuda, de los engaños que prepara, de los éxtasis que suscita y de la fantasmagoría de todas las vicisitudes desarrolladas en la escena del mundo, batida por el ala rápida del tiempo, pensaba en su interior en aquella armonía íntima, secreta, que existe en todas las cosas de aquí abajo, en apariencia opuestas entre sí como mundos contrarios, imposibles de conciliar; pensaba con el brío del genio que es intuición fulmínea, en fundir juntos en una sola alma viviente, sueño y realidad, lo visible y lo invisible, el mundo de los sentidos y el del espíritu, tierra y cielo, lo natural y lo sobrenatural, la imagen aérea y la figura concreta, la apariencia y la evidencia, extravagancia y buen sentido, lo sublime y lo absurdo, la locura extremada y la extremada cordura.

Quien dice Don Quijote dice al mismo tiempo Sancho. El sueño del uno es condición imprescindible del sueño del otro. «Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos», sabían los dos héroes que se pertenecían el uno al otro con todo el anhelo del alma, y se sentían unidos, dos en uno, en medio de la divergencia de acciones y de pensamientos: ¡Los desvaríos, las extravagancias de Sancho al separarse de su señor a quien compadece, ama y venera, la alegría inefable al encontrarse, al ambular de nuevo asno y rocín, escudero y caballero, bestias y hombres, indivisos, lanzados a la aventura y al sol, siempre cubiertos de golpes y de vituperios; el dolor de Don Quijote, la melancolía verdadera que le invade súbito cuando Sancho está lejos de él! Parece que vacila el mundo, desprovisto de su base terrena. Un día le quitan también aquella perla de servidor, que va a la ínsula soñada para dar prueba de su gobierno; y entonces se encierra en sí meditabundo y siente el alma triste: «apenas se hubo partido Sancho cuando Don Quijote sintió su soledad y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno lo hiciera».

Lo que más importa en la vida es saber mantenerte

derecho y firme sobre el mundo construído por tu voluntad, tenaz e indómita, nutrir tu fe, para que no se debilite o llegue a faltarte. Y aunque tus sueños sean sólo sombras, abrázate a ellos, estréchalos a ti como cosas sustanciales. No abandones nunca las armas, no cedas, no te detengas en el camino que recorres y sobre el cual fulge riente el sol de tus esperanzas; imagina que son besos los mordiscos del destino, y, cuando se está en el polvo, escarnecido, pensar que en un porvenir no lejano serás colocado nuevamente sobre los altares, ¿cómo de otra manera te encaminarías al logro de aquella felicidad a la cual aspiran todos peregrinando en el vivir fugaz, por la que todos se someten al martirio? De tu querer firmísimo depende tu realidad. La ciencia suprema de la vida se resuelve en la voluntad de vivir. El imperativo que resuena en ti: Debes creer en los fantasmas que Dios te manda, debes alimentar la llama encendida a tus sueños y a tus ilusiones, es voz sagrada, evangelio de confortación, estímulo de profunda y elevada vida a los héroes. De la fábrica de las abstracciones más poderosas salen los mensajes de la verdad. Y el alma, apagada la vida de la imaginación, ayudada solamente por realidades comunes, se extravía exhausta en un desierto. Sueña Sancho, como sueña Don Quijote. Su isla es su mundo más verdadero, más tenazmente construído, fijo en él como fijos están los astros en el cielo. Pero cuando llega al dominio invocado, y entra en su Elíseo, la isla se sumerge en el océano de los desengaños y desaparece. Todo aquel paraíso de dulzuras soñadas se convierte en un infierno de amarguras y de dolor; el engaño, descendiendo al nivel de la realidad, aturde y aflige como burla atroz. Y entonces se decolora y pierde belleza el mundo, caen los deseos y las esperanzas. Sancho, a quien frecuentemente vuelven el pensamiento los narradores de las experiencias del adormecido despertar, moraliza asustado. Es necesario permanecer en la esfera humildísima que el destino asigna y no elevarse con humos de gloria y de grandeza, subiendo «las torres de la ambición y de la soberbia». Mira dentro de sí Sancho y suspira: «Se me han entrado por el alma

adentro mil miserias, mil trabajos, y cuatro mil desasosiegos.»

El sagaz Montiel, a quien el poeta del *Quijote*, en un vivaz «intermezzo», hace realizar el más maravilloso engaño vivificando el «Retablo de las Maravillas» ideado por aquella flor de sabiduría que era Tontonello, especulaba sobre aquella segunda vista, bastante más aguda y penetrante que la vista natural, que debía estar en su público de cristianos puros, firmísimos; y hacía que entre el vacío y la nada se movieran: Sansón, el toro feroz, las aguas del Jordán, una tribu de ratones; creaba fantasmas, cambiados de pronto en cuerpos verdaderos por el ardor de la fe. Quien quiere ver, ve ciertamente. ¿Y será el hombre tan poco que no disponga de aquella fuerza de voluntad? Despertadas por la nenia del «músico de entre sueños» las visiones surgen. El vacío se puebla. Todos ven cosas nunca vistas. Teresa puede exclamar satisfecha: «tan cierto tuviera yo el cielo, como tengo cierto ver todo aquello que el retablo mostrare».

Ciertamente, cuanto más se avanza en la vida, más amargamente punzan los dardos del desengaño, más tormento causa el mundo ideal que encierras en tu corazón, hasta del sueño se destierra la felicidad que se anhela. Se cae y se cae, aun queriendo afrontar siempre impávidos las sombras de la verdad. Sobre la cabeza del más noble y más magnánimo de los caballeros se acumulan las desgracias. ¡Oh Sancho,¡ he nacido para vivir muriendo, dice el infeliz. Pero derribado por el rival, vencido, privado de su gran sueño de heroicas aventuras, frente a quien le postra y tan mísero le vuelve, reunidas las energías de su alma, proclama altamente la verdad luminosísima, inquebrantable, que ninguna derrota de armas puede disputar: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo.»

En el mismo abismo de dolor cae también Sancho. El sol de la gloria más refulgente está ahora oscurecido; deben deponer las armas; deben desvanecerse los sueños, deshacerse cual humo al viento las promesas; lo que realmente sucedía parecía obra de un malvado encanto, efecto de sueño, «parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños»

y, sin embargo, por tener aún vida, no pudiendo ya combatir como un valiente, socorrer a los afligidos, vengar los ultrajes, le convenía al héroe caído, tejer nuevos sueños, entregarse a nuevas ficciones, dar «vado a la imaginación», cambiar las tierras de los puercos que habían de pisotearle en jardines de la Arcadia, hacerse él pastor y hacer pastor a Sancho, errar, cantando, elevando el bucólico lamento por las selvas y por los prados y las riberas de aguas límpidas, dulcísimas. Apolo enviará el verso y adquirirá así fama inmortal.

¡Qué melancolía nos oprime viendo volver al pobre caballero, soñador de castillos y de imperios, a su humilde lugar, para que tengan tumba los ideales soberbios y cure de su locura sublime! Curar significa, ¡ay!, morir: Una nueva luz venida a ahuyentar la antigua, un breve instante de paz y de quietud en el corazón, el elegíaco pesar de las locuras pasadas, la condena de las lecturas perturbadoras, de su «amarga y continua leyenda», la suprema conciliación con el mundo de la realidad tangible, un abrazo a los parientes fieles y después la muerte. Tramonta el sueño y la respiración vital más ardiente se apaga. Ningún temblor más sobre la lira que el hombre empuña, embargado por sus éxtasis, iluminado por sus visiones. El canto cesa y la lira está hecha pedazos. Y Sancho que quisiera ver devuelto a la vida del sueño a su señor excelso, y siente piedad y espanto del buen sentido, venido a destruir y a disipar la demencia, tan beneficiosa sin embargo, desea que se vuelva a las aventuras y grita a los vientos su: «¡Vuelva en sí! ¡Vuelva en sí y déjese de cuentos!»

Pero el poeta, creador y plasmador de los dos maravillosos héroes, terminada su comedia quijotesca, humana y divina, para que la vida no fuese un peso intolerable, entregábase a nuevos sueños y a amenos engaños; entrelazaba nuevos destinos, imaginaba nuevas comedias. «Busca un pasatiempo—que al alma engañe, en tanto que se pasa—este desamorado ayrado tiempo» aconsejaba a su Tirsi en el sueño arcádico de *La Galatea*. Espolea, en los últimos años, la imaginación, incapaz de debilitarse, y escribe una novela

de las más extrañas, románticas, desenfrenadas y fabulosas aventuras, una historia de éxtasis y de dolores, de amores y de engaños, de humildes y poderosos zarandeados por el destino, peregrinantes de playa en playa, desde el septentrión más remoto, cubierto de hielo, a las playas más rientes y florecientes de Italia; historia fragmentada en mil historias, idílicas y trágicas, desarrollada unas veces entre torbellinos, tormentas e incendios, y otras en la quietud más silenciosa, en la paz inalterada y serena, la fantasmagoría del *Persiles*, gran caleidoscopio de la vida humana; hermana y enlaza la realidad con el sueño, lo particular con lo universal, lo natural con el mundo del encanto y de la magia, y despide la obra cuando, sin un temblor, tiene ya el pie en el estribo para la última cabalgada en el reino de la muerte.

ARTURO FARINELLI.

Traducción de L. Rodolosi.